

III

ORAR PERFECTAMENTE COMO CRISTO

1. Nuestra Oración y la de Cristo

¿Dónde nace nuestra oración?

Nuestra oración nace en la relación entre Cristo y su Padre. En esto consiste la originalidad de la oración del cristiano: que es solicitada por el don de Cristo.

Cuando reconocemos este don es cuando nace la oración, de la gracia que proviene del Padre de Nuestro Señor Jesucristo; y está apoyada por la manera cómo se manifiesta este don, para elevarse hasta el divino secreto que representa, y también para adorar la bondad que es su fuente. De allí, nuestra oración se atreve a pedir que este don continúa hasta que llegue el Reino de los Cielos.

Primero, iniciativa divina

Es porque ha habido una iniciativa divina - y una iniciativa manifestada en Cristo - que nos atrevemos a acercarnos a Dios. Por nosotros mismos no podemos elevarnos hacia Dios, pero, como dice la Iglesia después del Canon de la Misa:

"Fieles a las recomendaciones del Salvador y siguiendo sus divinas enseñanzas nos atrevemos a decir..... "Padre Nuestro...."..."

"Para que Dios sea debidamente alabado por el hombre, Dios se ha alabado a Sí mismo; para que se alabado por sus siervos, los ha llenado de su Santo Espíritu, y es su Espíritu el que lo alaba por intermedio de sus siervos. No es en verdad Él mismo el que canta Sus alabanzas?". (San Agustín)

Al darnos a Cristo, Dios nos invita a que participemos en su monólogo, en el maravilloso secreto de Sus designios (Leer Efesios 1). Y según la medida en que nos hagamos cargo de los deseos y de los sentimientos de Cristo, sucede - en una milagrosa reciprocidad de amor - que nuestros deseos llegan a ser el objeto de sus designios de amor eterno, y llegan a coincidir con sus designios misericordiosos.

Nuestra aceptación de la oración de Cristo.

Entonces, la oración es oración cristiana solamente cuando lleva a cabo esta subordinación de nuestra voluntad a la voluntad de Cristo y también cuando acepta el amor de Dios. E inmediatamente nuestra oración alcanza el estado perfecto: aquél de ser la "oración de Cristo".

"..... Recordando la Pasión y la Resurrección, le ofrecemos como oblación, la víctima perfecta..... Por Él, con Él y en Él, te damos a Ti todo honor y toda gloria. Nos atrevemos a decir: "Padre Nuestro....."

Segundo: La perfección de la Oración de Cristo

Expresión de perfecta amistad:

Si la novedad más grande del cristianismo es el descubrimiento de que Dios nos llama a que compartamos con Él su amistad (Juan 15), y para que entremos en su caridad (amor) (Consecuentemente con todos aquellos que son Su imagen), esta amistad sería real solamente con la condición de que hubiera reciprocidad, esto es, una perfecta conformidad con su voluntad, mejor dicho una conformidad de voluntades.

Esto sería posible solamente si

La otra parte llega a ser su "otro yo" su "alter ego", y si su existencia, sus deseos, su voluntad llegan a ser ley para mi.

Por nosotros mismos nos es imposible llegar a eso, a no ser que seamos guiados por Cristo (Hebreros 6, 8, 9). Esa es la profunda característica de su oración: que sea la expresión de una amistad perfecta; que es como la respuesta - aquí en la tierra - del amor perfecto del Hijo hacia su Padre.

Debemos identificarnos con los deseos de Cristo:

En cuando a nosotros, el único camino infalible para llegar a la perfecta amistad, a la reciprocidad perfecta, a la perfecta conformidad con el amor divino que el Espíritu reclama de nosotros, será el identificarnos con el amor y los deseos de Cristo. De esta manera podemos realizar lo que de otra manera hubiera sido imposible, o sea que nuestra oración sobrepasa sus propias limitaciones y se encuentra revestida de la perfectísima oración de Cristo: con toda su audacia y su universalidad.

"todas las cosas han sido dadas." (Juan 3, 35)

Solamente a Él, se le libera de toda duda - tiene la certeza en la absoluta eficacia de sus ruegos, porque solo Él goza de intimidad con el Padre, y como hombre, es el único que conoce perfectamente cómo la Providencia está sujeta a la oración.

Todo esto le permite a Jesús el poder comunicar esta certeza a aquellos por quienes ruega (v. G. San Pedro, Lucas 22, 32) y de poder atraer su confianza:

"Bien que estoy convencido que ahora mismo te concederá Dios cualquier cosa que le pidieres." (Juan 11, 22)

O sea, la paz de Cristo y su abandono filial - así también como su audacia - se convierten en nuestros.

Oración universal y magnánima:

A través de la oración de Cristo, nuestra oración se une a todos los misterios del Cristianismo: la Encarnación, la Redención, la Resurrección, etc. Recibiendo en nuestros

corazones la falta de esperanza del mundo, tenemos el poder de transformarla en el dolor de la agonía de Cristo; compartiendo el júbilo de los hombres, tenemos el poder de transformarlo en el himno de la Resurrección.

Los deseos de Cristo corresponden íntegramente con aquellos del Padre y - a través de Él - nuestros deseos participan en la inquietud de "todas las Iglesias", y en la restauración total del Reino.

San Francisco de Asís decía con frecuencia: "Quiero guiarlos al Paraíso".

Confianza aún frente a las calamidades:

Al enfrentarnos con miserias y desgracias, por las cuales no podemos hacer nada, ¿creemos verdaderamente que nos toca volver la situación hacia Dios? ¿Estamos convencidos de que tenemos el poder a través de la oración - de cambiar esa miseria, o calamidad?

O por el contrario nos dejamos doblegar por la desgracia y sentimos la impresión de "que nada se puede hacer", frente a tanta pena, banalidad nos sentimos impotentes de romper la barrera; o frente a problemas que no conocemos enteramente - como injusticia social, guerras, etc. - nos sentimos incapaces de hacer nada. Y aún más tratamos de olvidarnos del problema en lugar de comprometernos a interceder por él?

Conclusión: Dar Dios a Dios

El regalo que el mismo Dios se hace de su propio Hijo, es el regalo que Dios nos pide a nosotros, porque es el mismo regalo que Él nos ha hecho a nosotros, el mismo Espíritu Santo.

Dios necesita nuestro amor tanto como necesita a su Hijo - y no es una necesidad opcional pues el mismo ha hecho la decisión - y así lo ha decidido para toda la eternidad y desde toda la eternidad.

Y así en cierta manera, cuando dejamos de amar a Dios, Dios pierde a su Hijo - y cuando volvemos a Él, encuentra de nuevo a su Hijo.

Poseemos el poder de devolverle a su Hijo - y si nos negamos, no se realiza el don del Hijo al Padre, sin que por eso deje de tener lugar el don eterno que nunca cesa.

"Los he llamado amigos porque todo lo que aprendí de mi Padre, os lo he hecho saber a vosotros."

Dios ama con un solo amor, y solo puede dar este amor. El deseo del Padre de revivir con nosotros es lo que tiene lugar entre Él y su Hijo. Y en última instancia ese es el secreto de nuestra oración y de nuestra perfección.